

# Riqueza hermenéutica: Villacañas lee a Freud

Javier Alcoriza



José Luis Villacañas, *Freud lee el 'Quijote'*, Madrid, La Huerta Grande, 2017, 112 pp.

Tal vez alguien que ha llegado tarde a (casi) todas las citas al final habría hecho mejor en no presentarse. Puedo referirme así a mí mismo, por no ser un lector habitual de los libros de José Luis Villacañas, a raíz del comentario inicial con que el autor introduce la «ligereza» de este libro sobre Freud lector del *Quijote*, un ensayo que viene a ser «el más querido de todos mis libros» (p. 9). El punto de partida de esta obra es de lo más estimulante, algo que está anunciado ya en su título, las citas contextualizadas del *Quijote* que encontramos en la obra de Freud –gran intérprete de genios como Shakespeare o Dostoievski en su *Psicoanálisis del arte*–, desde los apasionados intercambios epistolares hasta la reescritura tardía del tema del humor: «En nuestras cartas –decía el joven Freud– transformaremos los seis días de la semana, prosaicos y duros, en el oro puro de la poesía...» (p. 13). Villacañas se ha fijado en el tipo de escritor que es Cervantes como «héroe hispano» frente al tipo de lector que es don Quijote a los ojos de Freud (pp. 39-40), y en el valor que tiene el personaje como encarnación de una madurez que asume los ideales del pasado sin mostrar resentimiento hacia el mundo. Pero el autor pretende ir más allá de ese incidental intercambio genial entre Cervantes y Freud (p. 19). El humor en Cervantes, leído por Freud como la superación de la *vis cómica* en Falstaff, sería un modo de afrontar desafíos de la modernidad; maticemos que ello obedece a una pauta clásica o antigua de

escritura antes que propiamente moderna. El Quijote era un personaje de libros y, como capta Freud y valora Villacañas, hay ciertas elaboraciones en sus locuras paranoicas de las que no podemos prescindir cuando aspiramos a conservar la integridad de la experiencia psíquica. Según Villacañas, el Quijote sería además una figura crepuscular en el contexto de un país católico que, más que entrar en decadencia, se queda fuera de los procesos de modernización que arrancan en su época. Ahora bien, si como escribe Arón Appelfeld (*Historia de una vida*, p. 109), la literatura de verdad es «la melodía religiosa que perdimos», esa pérdida podría ser tan larga como la historia humana. El afán de conservar bienes considerados impercederos, mediante el humor novelesco como expresión de la prudencia filosófica, formaría parte, reservada y deliberadamente, del arte de la composición literaria, y constituiría el *Quijote* en no menor medida que el hecho de servir de testimonio como mito de un catolicismo en declive, según aduce Villacañas en su ensayo (p. 31). En otras palabras, si cierta tensión entre filosofía o política y poesía o revelación es tan larga como la historia de la cultura en Occidente, tan antigua como Aristófanes y tan moderna como Thomas Mann, habría una suerte de fraternidad literaria que se hace valer más allá de los avatares de la «gnosis» (desde la p. 48), y que no está tan pendiente de la «racionalización moral» (p. 91) como de una manera de representar nuestra actitud en el mundo que, por su generoso despego imaginativo, sería una base saludable, sin «impronta paranoide» (p. 65), para comprender los conflictos sociales o políticos cuya resolución procura la filosofía. No conviene olvidar que en la historia puede haber problemas o conflictos irresolubles. Tal vez con esa perspectiva, que quiere deber más a Freud como «científico judío» que a Cervantes como portavoz de un catolicismo derrotado –o tanto al uno como al otro, ¡pero no en el sentido de equiparar a «los católicos hispanos en el umbral del siglo XVII» con los judíos «ante la experiencia del trauma del Holocausto» (p. 104)!– y que se aparta del sesgo conceptual (en deuda con las premisas de Carl Schmitt) del libro de Villacañas –un sesgo que permite apreciar, no obstante, su aproximación como alternativa a las interpretaciones sociológicas e históricas del *Quijote* respecto al enojoso «problema de España», por no advertir que Cervantes ya habría trascendido en su novela los límites existenciales de ese problema–, podamos señalar el déficit de una forma de analizar el *Quijote*, más como mito que como libro, que nace del exceso contrario –un diagnóstico del devenir de la modernidad cuyo fundamento sería que la literatura es susceptible de ser entendida mejor por el filósofo del presente que por los lectores no filosóficos del pasado– y que lleva, por cierto, a vérnoslas con pasajes como el siguiente: «La base fundamental del principio de realidad moderno no tiene nada que ver con Sancho, atrincherado tras la filosofía vulgar de la cultura castiza que tampoco asume la naturaleza de las cosas de los espíritus reformados y la necesidad del trabajo frente a la necesidad. El discurso de Sancho no llega jamás a don Quijote por su penuria hermenéutica, carencia sistemática, y por la falta de alternativas interpretativas de sus intervenciones. No

es un discurso analítico» (p. 61). Sea como fuere, y más allá de esta incomunicación entre Sancho y don Quijote –¡que podría atesorarse en realidad como una variante dramatizada del humor freudiano!–, más allá de la soledad del héroe, ¿será cierto que «de la afirmación reformada inicial del ser humano a través del nuevo contacto con la Gracia, de eso no quedó nada», como dice Villacañas en la página 75? El autor sabe bien que los Estados Unidos de América y sus procesos constitucionales han sido el escenario de cierta némesis religiosa de los extravíos ideológicos a los que condujo la extinción de la «Gracia» –o la reducción filosófica de la imaginación (véase la p. 74)– en el horizonte europeo? ¿Qué hay, incluso frente a Freud, el fundador del psicoanálisis como «ciencia judía» para afrontar los extravíos cristianos, del también humorista Mark Twain como sagaz lector del *Quijote* en *Huckleberry Finn*, la gran novela de la esclavitud en América? En todo caso, a diferencia de lo que ocurre con Freud, resulta difícil, iniciar una «conversación imaginaria» con los términos de este libro. Alguien podría decir que la filosofía no tiene por qué descender a la letra pequeña de lo universalmente conocido. Pero ¿será esa la razón de que no se incluya en este ensayo más que (si no me falla la memoria) una sola cita literal del *Quijote*, o que la obra misma quede omitida de la bibliografía?

.....  
JAVIER ALCORIZA (Valencia, 1969) es licenciado en Historia del Arte por la Universidad de Valencia, doctor en Filosofía por la Universidad de Murcia, Catedrático de Lengua Castellana y Literatura en la Enseñanza Secundaria y Director del Club de Lectura San Miguel de los Reyes de la Biblioteca Valenciana. Ha traducido, entre otros títulos, *La imaginación literaria* (Alba, 2000) y *Hawthorne y otros ensayos de apreciación* (Leserwelt, 2000), de Henry James. Es editor de la obra *Estudios sobre novelistas clásicos* (Dykinson, 2016).